



Universidad de Buenos Aires.

Facultad de Psicología.

Psicología Evolutiva Adolescencia.

Cátedra 1- José A. Barrionuevo.

NARCISISMO E IDENTIFICACIÓN EN LA FASE DEL ESPEJO.

Una articulación entre Freud y Lacan.

Dra. Verónica Vega

Lic. Pablo de Vedia

Lic. Denise Roitman

2011

NARCISISMO E IDENTIFICACIÓN EN LA FASE DEL ESPEJO.

Una articulación entre Freud y Lacan.

En el presente material nos proponemos realizar una lectura acerca de los conceptos de Narcisismo y de Identificación, en razón de una puntualización en cuanto al modo en que los mismos han sido trabajados por S. Freud y por J. Lacan.

Haremos mención en primer término, a un concepto problemático en la historia de la teoría psicoanalítica, y referido por Freud en el texto "Introducción del Narcisismo" (1914). Allí, Freud, retoma el término "narcisismo" acuñado por Nacke para describir una conducta mediante la cual un individuo procura a su cuerpo el mismo trato que dispensaría a un objeto sexual, hasta el punto de alcanzar así una satisfacción plena. En este sentido, si fuera así desarrollado en extremo, constituiría una perversión, aunque también Freud despega el término de la psicopatología para extenderlo al campo de lo constitutivo. Freud le asigna al narcisismo un lugar en el normal desarrollo sexual del hombre.

Es en tal sentido que a la luz de la teoría pulsional sostenida en su obra hasta ese momento, lo define como *"el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación"* (Freud, 1914, pp. 71-72) que le supone a todo ser vivo. Se trata ya no de aludir a un cuadro perverso en sí mismo, sino a una estructura de la constitución del sujeto. A partir de entonces, en su teoría, el narcisismo está en todos los cuadros clínicos: psicosis, perversiones y neurosis.

Seguidamente, Freud fundamenta la hipótesis de un "narcisismo primario y normal" en las manifestaciones típicas de las parafrenias y esquizofrenias y en la observación de la vida anímica de los niños y de los pueblos primitivos. Respecto de lo primero, advertía dos rasgos sobresalientes en juego: el delirio de grandeza y el extrañamiento del interés respecto del mundo exterior. En relación a lo segundo, se le hacía notoria la sobrestimación del poder de los deseos y de los actos psíquicos, la omnipotencia del pensamiento, y una técnica consecuente con ello, la magia.

Fueron dichas observaciones las que le facilitaron suponer en la teoría, un narcisismo originario, aunque ya en 1911 Freud derivaba la investidura libidinal objetual

de una inicial investidura libidinal del yo, que aunque fuera cedida luego a los objetos, en alguna medida persistía duraderamente en su primaria localización yoica.

Dice Freud:

“Indagaciones recientes, nos han llamado la atención sobre un estadio en la historia evolutiva de la libido, estadio por el que se atraviesa en el camino que va desde el autoerotismo al amor de objeto... consiste en que el individuo empeñado en el desarrollo, y que sintetiza en una unidad sus pulsiones sexuales de actividad autoerótica, para ganar un objeto de amor se toma primero a sí mismo, a su propio cuerpo antes de pasar de éste a la elección de objeto en una persona ajena”. (Freud, 1911 [1910] pp.56).

Desde allí sostuvo entonces Freud, una oposición acerca de los términos en los que venía planteándose la teoría de la libido: libido yoica – libido objetal. Concluía así que al comienzo se presentaban indiscernibles las energías psíquicas en el estado de narcisismo, y solo se volvía pensable una libido cualitativamente diferenciada, en la medida en que se producían investiduras de objeto.

Ahora bien, se pregunta Freud allí, y en este punto hallaremos más adelante una articulación con lo que trabaja Lacan al respecto, qué relación habrá de guardar el narcisismo con el autoerotismo, referido ya éste como un temprano estado de la libido. Y es que, tal como veremos, Lacan retomará el concepto de la identificación en el Estadio del espejo, como una operación fundante del narcisismo y constitutiva del yo en lo imaginario.

Volviendo a Freud, éste entiende que no existe desde el inicio de la vida anímica, una unidad comparable al yo. Lo propone como un supuesto en su teoría, dado que al principio todo es Ello. Y colige que el mismo tiene que ser desarrollado. Expresa que siendo iniciales las pulsiones autoeróticas, y satisfaciéndose éstas autónomamente; algo tiene que agregarse al autoerotismo, “una nueva acción psíquica”, para que se constituya el narcisismo como tal.

Es decir que el bebé no se siente unificado sino fragmentado de manera autoerótica y que luego, a través de esa acción psíquica se irá unificando en términos de diversos registros psíquicos hasta entonces inconexos, tanto como de sus zonas erógenas aisladas en el nivel de lo corporal, hasta constituirse así como una unidad.

Aquí pues, entendemos que cuando se refiere Freud a dicha “unidad”, alude al yo desde una perspectiva particular que nos interesa poder precisar. Puesto que en el orden de lo que pudieran referirse como funciones psíquicas, habría ya desde momentos previos, algo modificado en el Ello, pensable entonces como cierto tipo de yo. No obstante, parece aludir más bien Freud, mediante aquella referencia a un necesario y nuevo proceso de pensamiento para la constitución del yo, a lo que es propio del orden de las representaciones. Allí propone entonces pensar en un acto fundante y constitutivo del yo, desde la teoría de la identificación. Parecería estar refiriéndose Freud a que algo adviene como nuevo en cierto tiempo lógico de la vida anímica, y merced a ciertas operaciones psíquicas de las que trataremos de dar cuenta.

Por otra parte, dicha conceptualización que, anticipamos, parece contener una referencia al acto psíquico de la identificación (primaria, en Freud), se vincula a lo trabajado por Freud en otros textos, como en el capítulo 3 de “El yo y el ello” (1923) o en el capítulo 7 de “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921).

Es en este último texto en donde Freud se refiere a la identificación como “*el más temprano lazo afectivo con otro*”, y donde trabaja en relación a distinguir dos órdenes lógicos diferentes en cuanto a dicho lazo. En efecto, sitúa a uno de ellos como propio del tiempo de la prehistoria del Complejo de Edipo, valiéndose además para su explicación, de la teoría de los lugares psíquicos. En tal sentido, refiere como lo inicial, una aspiración del yo a ser en todo como otro colocado para sí en el lugar de Modelo o Ideal. En dicho vínculo de ser, precisa, el yo obtiene para sí el lugar de Sujeto, en tanto logre identificarse con tal Modelo. Se trata de un vínculo dual, narcisista, de naturaleza preedípica, en el cual lo que está en juego es la posibilidad de obtener un primario sentimiento de sí, una convicción acerca de la propia existencia, en tanto se logre consumir dicha identificación. Trata así de precisar lo que es propio del campo del narcisismo, del que ahora tratamos, y que resulta anterior en un sentido lógico, a la dinámica edípica, a la que emparenta con un plano simbólico, en el orden de la triangularidad, donde se ponen en juego identificaciones secundarias, post-edípicas, que pretenden resolver la cancelación de una aspiración pulsional y que expresan más bien un deseo, en la lógica del *tener*, y con otros lugares psíquicos en juego: Sujeto – Objeto – Rival.

Volviendo a “Introducción del narcisismo”, resulta curioso el modo en el que concluye el capítulo inicial, conteniendo una precisión que da cuenta de que al hablar del concepto de narcisismo, se está hablando de más de un sujeto, tal como parece

poner en juego en la referencia acerca de cómo el narcisismo de los padres impacta y se refleja en los hijos, no siendo pensable entonces como resultante de la operatoria de un sujeto individual y aislado.

Advertimos luego que en capítulos siguientes, trata Freud acerca de los efectos que dicho narcisismo originario puede expresar en cuanto a los modos de elección de objeto en la vida anímica posterior. Y lo mencionamos aquí para dar cuenta del supuesto freudiano de una primaria investidura libidinal localizada en el yo. *“Decimos que tiene dos objetos sexuales originarios, él mismo y la mujer que lo crió, y presuponemos entonces en todo ser humano el narcisismo primario...”* (Freud, 1914, p. 85).

Por otra parte, habiendo referido más arriba aquello a lo que Freud alude como *vínculos de ser*, y habiendo emparentado dicha operación psíquica con la obtención del sentimiento de sí, diremos ahora que hacia el final de su trabajo, es donde da cuenta de que dicho sentimiento se presenta “como expresión del grandor del yo”, aludiendo entonces a la magnitud de una investidura libidinal en torno a una representación yoica. Tendremos que advertir que el sentimiento de sí depende de manera particularmente estrecha, de la libido narcisista, menciona. A la vez, propone pensar como uno de los efectos duraderos, de haberse consumado adecuadamente dicho proceso de pensamiento, para la vida anímica posterior, que *“una parte del sentimiento de sí es primaria, residuo del narcisismo infantil...”* (1921)

Lacan y el espejo:

Por otra parte, si bien el “Estadio del Espejo” es un trabajo que Lacan tenía destinado a leer en 1936 el Congreso de la IPA en Marienbad, solo fue escrito para ser publicado varios años después. En realidad, aunque ya había sido retomado en 1938 en su trabajo sobre *La familia*, apareció por vez primera en el apartado 3 de su escrito *Acerca de la causalidad psíquica* (1946) y recién trece años después de dicho Congreso, se publicó *“El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”* (1949).

Hemos elegido llamar a esta ficha *“Narcisismo e identificación en la fase del espejo”*, precisamente porque la operación que el primer Lacan hace con el texto de Freud de 1914 es la de ligar el yo freudiano al narcisismo (a la función de la Imago) y a la identificación como transformadora del Yo; desligándolo del sistema percepción-conciencia (de la Carta 52). En el Estadio del Espejo rige un predominio imaginario y en el texto queda plasmado a través de los conceptos de imago, gestalt, imagen especular.

“Basta para ello comprender el estadio del espejo como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a éste término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a este efecto de fase está suficientemente indicada por el uso, en la teoría, del término antiguo Imago” (Lacan, 1949, p. 100).

Lacan parte de la prematuración biológica del niño, esto es, que el bebe humano se encuentra en una situación de desvalimiento mucho mayor que cualquier otra especie. La cría humana nace prematura, fallada, es decir en estado de indefensión, y es extremadamente dependiente de un otro. No hay una imagen propioceptiva del cuerpo puesto que no hay tampoco una coordinación motriz.

“La discordancia, en ese estadio del hombre, tanto de las pulsiones como de las funciones, es solo consecuencia de la incoordinación prolongada de los aparatos. Ello determina un estadio constituido afectiva y mentalmente sobre la base de una propioceptividad que entrega el cuerpo como despedazado.” (Lacan, 1938)

Se trata de un cuerpo fragmentado, que precisa de una imagen ortopédica que le dé una unidad. El período del autoerotismo corresponde entonces a esta primera infancia. Se trata de un período de las pulsiones parciales y de un "cuerpo fragmentado", signado por ese "desamparo original" cuyo posible retorno constituye una amenaza.

El niño pequeño, el que aún no camina, no posee una imagen integrada de su cuerpo sino, al revés, fragmentada. Es decir, no relaciona sus diferentes partes como formando parte de un todo. Para conseguirlo, deberá pasar por una fase especial de desarrollo psíquico, denominada la fase del espejo.

El estadio del espejo se ordena sobre una experiencia de identificación fundamental en cuyo transcurso el niño realiza la conquista de la imagen del propio cuerpo. Lacan analiza el contraste entre la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia, por una parte, y el hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente, por otra. En la etapa del espejo, durante el periodo del sexto al décimo octavo mes en la vida del infante, la fragmentación experimentada por el infante se transforma en una afirmación de su unidad corporal, a través de la toma de posesión de su imagen en el espejo. Así es como el infante adquiere su primera sensación de unidad e identidad, una identidad espacial imaginaria.

Al principio, el infante parece jubiloso debido al éxito en la integración de su fragmentación en una totalidad y unidad imaginarias. Más tarde, sin embargo, la gozosa afirmación de unidad imaginaria es reemplazada por un resurgimiento de la distancia entre esta nueva unidad y la continuamente fragmentaria, descoordinada, y falta de carácter experiencia vivida del infante en su cuerpo real. Además, la imagen en el espejo nunca podría ser idéntica al infante, ya que siempre es de diferente talla, está invertida como todas las imágenes en espejos, y lo más importante, persiste en ella un algo alienado -y por tanto fundamentalmente alienante.

Para Jacques Lacan, el narcisismo originario se constituye en el momento de la captación por el niño de su imagen en el espejo, imagen a su vez basada en la del otro (en particular la madre), constitutiva del yo. Incluso en el trabajo de 1936, ya estaba la idea de que el yo se constituye por *alienación*, es decir por la *identificación a una imagen* que no es el yo sino otro.

Una segunda cuestión que nos importante es que, al contrario de la idea sugerida por el término "narcisismo primario", para Lacan el yo está primariamente en el exterior (no hay un movimiento expansivo de un interior a un exterior como en Freud) sino al revés, y esto por lo constitutivo de la exterioridad de la imagen en la que el yo, por identificación, se forma.

Entonces este niño que no posee una coordinación motriz de su cuerpo, posee así la idea de un cuerpo fragmentado, pero cuando se mira en el espejo, sin embargo, se mira con sus ojos, que resultan no estar afectados por la prematuración, y, su expresión es jubilosa. Reconoce su imagen como tal en el espejo. Dice pues que, en este tiempo en el que está más atrasado muscularmente respecto de lo que lo está

mentalmente, el niño tiene la capacidad de desdoblar el espacio en imaginario y en real. Afirma con ello, que a lo que el niño saluda en el espejo es a su imagen especular, y no a otro niño igual que él. Y aquí viene el punto clave de la argumentación: aquel que el niño mira y reconoce como su imagen para hablar propiamente, ese no descoordina, no tiene cuerpo fragmentado. Mientras la imagen se le aparece entera, dotada de una unidad, él no puede atribuirse dicha unidad a la percepción de su propio cuerpo. De aquí se deriva el contenido del niño y toda una serie de otras consecuencias. En efecto: ese otro que le mira tras el espejo y que le cautiva, pronto aprenderá que es él, incluso se le dirá: "Mira, ese eres tú" señalándole la imagen. Imagen entera de un cuerpo despedazado, imagen que anticipa una maduración del dominio motriz que por el momento no se tiene. "Eres tu": imagen pues de mí, imagen de mi yo, imagen del yo. La primera identificación, dice Lacan, imaginaria.

Ahora bien, en Freud el yo es una superposición de identificaciones imaginarias. De donde Lacan deduce: esa primera identificación ante el espejo es clave para la formación del yo, es literalmente originaria y fundadora de la serie de identificaciones que le seguirán luego e irán constituyendo el yo del ser humano.

Sin embargo, a la vez que originaria, esa primera identificación es en sí profundamente alienante: para empezar, el niño se reconoce en lo que sin duda alguna no es él mismo sino otro; en segundo lugar, ese otro, aun si fuese él mismo, está afectado por la simetría especular, condición que luego se reproducirá en los sueños; en tercer lugar, aquel que se reconoce como yo no está afectado de mis limitaciones, él no tiene los problemas que yo tengo para moverme. Aquí Lacan dirá: esa es la matriz del yo ideal; y: eso jamás se alcanza. Y matriz de todas las identificaciones que vendrán luego: cualquier otro a quien yo ame en algo, aquel a quien vea con buenos ojos, narcisismo ya desde Freud, estará para mí en el lugar de esa imagen alienante en la que confluyen mi ideal del yo y mi cuerpo sin fragmentar.

Es por eso que Lacan puede decir en *La agresividad en Psicoanálisis* que en el momento en que al otro ya no lo amo sino que deseo agredirlo lo que está en la base de mi agresión es el retorno a mi cuerpo fragmentado: en el momento en que ya no se sostiene la identificación con el otro, la imagen falla. Este es, a grandes rasgos, el estadio del espejo.

En realidad, para Lacan existía sólo un estadio del espejo, en tanto que mecanismo psíquico para que el niño pequeño (que todavía no camina) pueda integrar en una estructura única (esto es, su propio cuerpo como un todo) aquellas partes que percibía fragmentadas y sin relación alguna entre ellas. De todos modos, la dividía formalmente en tres momentos lógicos:

- 1) La ilusión del niño que percibe su propia imagen reflejada en el espejo como la de un ser real, al que desea acercarse y tocar.
- 2) Descubre que ese otro no es un ser real, sino la imagen reflejada de otro. (Distingue así entre la realidad y la imagen especular.)
- 3) La imagen en el espejo no es la de un otro cualquiera, sino la de él mismo. Se encuentra duplicado. El niño logra resolver la dispersión de su propio cuerpo.

En 1953, introduce algo más que es plantear la primacía del registro de lo simbólico respecto de lo imaginario y ello requiere entonces *re-escribir* retroactivamente el estadio del espejo de 1936. Si el estadio del espejo de 1936 se explicaba como el resultado de la prematuración del nacimiento en el ser humano y el efecto anticipante de la unificación proporcionada por una imagen pregnante, a partir de la introducción del registro de lo simbólico en su primacía sobre lo imaginario esto va a reubicarse. Ahí Lacan introduce el espejo curvo para plantear que la captación identificatoria de la imagen como algo que no puede producirse desde cualquier lugar. No alcanza con que haya una imagen en el espacio, para producir este efecto cautivante que va a concluir en la identificación formadora del yo; hace falta, sobre todo un buen lugar, y este buen lugar va a estar dado por lo simbólico.

Diríamos que hace falta un lugar desde donde mirarse, el Ideal del Yo, para verse allí de determinada manera, la manera narcisista, digamos, del Yo Ideal.

Podría establecerse entonces una suerte de analogía con la teoría psicoanalítica de la formación del yo del infante. Por ejemplo, en la teoría del espejo de J. Lacan, el niño construye la imagen de su cuerpo –el *yo ideal* lacaniano- en base a una dialéctica con el deseo de la madre, en un movimiento bascular donde se constituye las diferenciación del yo-no yo. Este proceso, de corte prerreflexivo – anterior a la entrada en el orden simbólico- y que se constituye, desde el lado del niño, en el orden de lo corporal y lo imaginario, también procede por nihilizaciones, en una dialéctica entre lo que el niño reconoce como propio y lo que no. También opera en ésta una carencia, aunque bajo un movimiento posible solo por una falta, que está siempre ahí instalada, ya que el yo- ideal nunca es el niño mismo. Esta dialéctica

temprana es una continua renovación identificatoria, que no sería posible de no ser por un agujero o carencia, instalada bajo la búsqueda del falo (objeto a; sea en el orden imaginario o en el posterior orden simbólico), que actúa como causa final de todo el proceso de narcisización.

El término «fase» (período que vuelve) es, sin duda, más adecuado que el de estadio (etapa de una maduración psicobiológica); así lo ha indicado el propio J. Lacan (1957).

La imagen frente a sí es, indudablemente, la suya: Pero a la vez es la de un otro, puesto que él está en déficit respecto a ella. Se produce pues, la identificación a la imagen del otro, lo cual es constitutivo del Yo en el hombre, mostrando que su desarrollo está escindido, dividido, en identificaciones ideales.

La adolescencia

La adolescencia supone una contundente conmoción estructural, un fundamental y trabajoso replanteo del sentimiento de sí, de la identidad del sujeto. Impone al mismo transformaciones en el orden del cuerpo (pubertad) que lo enfrentan con el dolor y la angustia que pudiera producirle la desestructuración de su imagen corporal.

El advenimiento de la pubertad y las consecuentes metamorfosis del cuerpo, conllevan la necesidad de reinscribir un cuerpo que se percibe incoordinado, disarmónico, y que se experimenta fragmentado. Con el desarrollo de los caracteres sexuales primarios y la aparición de los secundarios, el adolescente se mira al espejo y se confronta con una experiencia de extrañamiento y de no reconocimiento. Sensaciones similares experimenta cuando descubre que ya no controla el cuerpo como lo hacía hasta entonces, que ha perdido la armonía corporal, que su talla aumenta, que tiene vello. La torpeza y brusquedad en los movimientos, el desconocimiento de la imagen corporal, el placer otorgado por el erotismo genital y la tensión genital acontecida, por ejemplo, constituyen una exigencia de trabajo al aparato psíquico: de duelo por el cuerpo infantil y de la reinscripción del cuerpo, un cuerpo diferente al de la infancia.

Los cambios corporales provocan sensaciones de extrañamiento en cuanto a lo que ocurre en su cuerpo y en relación con su propia imagen. Manifestaciones como la despersonalización o la descorporización suelen aparecer en la adolescencia.

La inscripción del nuevo cuerpo será un trabajo que el adolescente deberá llevar a cabo, y como todo proceso, será paulatino.

Retomando a Lacan en su texto *“El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”* (1949), se trata de un cuerpo fragmentado, que precisa de una imagen ortopédica que le dé una unidad. Podríamos pensar entonces, que en la adolescencia, en ocasiones la excesiva preocupación por la imagen, la vestimenta o los tatuajes, expresarían esfuerzos de inscripción, dar contorno, envase, a un cuerpo que se experimenta como fragmentado.

Entonces, es en estos dos planos, el del cuerpo como objeto pulsional y el del cuerpo como imagen, que la pubertad viene a trastocar, a conmover al sujeto.

Ahora bien, paralelamente, en la adolescencia, una nueva lógica de pensamiento tiene lugar. Esta lógica de clasificación y seriación, provoca juicios traumáticos acerca de la representación de los padres de la infancia, haciéndolos caer del lugar de modelo o ideal en el que estaban colocados. Esta “conmoción” de las identificaciones dadoras de identidad al sujeto, conlleva justamente el peligro de existencia de su ser.

El duelo por los padres de la infancia: que fueran refugio y protección, en un trabajo de duelo que se conjuga con el duelo en los propios padres que deben enfrentar la caída de la posición de saber y de omnipotencia frente a sus hijos.

Dice Freud:

“El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (Freud, 1921, p.99).

“...la identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como ‘modelo’” (Freud, 1921, p.100).

Aquellos modelos ya no son tales a partir de cierto tiempo lógico, caen de ese lugar en la adolescencia. Los procesos de pensamiento ligados a la conquista de

nuevas identificaciones y al abandono de viejas identificaciones de la infancia, constituyen un trabajo de reposicionamiento subjetivo.

Entonces, entre otras tareas, la adolescencia plantea la exigencia de elaboración de procesos de identificación, y de des -identificaciones, en procura de lograr para sí un lugar simbólico propio, diferente al del niño que antes fuera, en todo sentido.

Bibliografía:

Freud, S. (1911 [1910]) Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Amorrortu Editores (AE), Vol. 12 Bs. As. Argentina

Freud, S. (1914) Introducción del Narcisismo. AE. Vol. 14 Bs. As., Argentina.

Freud, S. (1921) Psicología de las masas y análisis del yo. AE. Vol. 18 Bs. As. Argentina. Cap. VII.

Freud, S. (1923) El yo y el ello. AE, vol. AE, Bs.As. Argentina

Lacan, J. (1938); La familia. Editorial Argonauta. Biblioteca de Psicoanálisis.

Lacan, J. (1946) "El Estadio del espejo" en Escritos I. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.